Bruma de Juan Carlos Delgado
Un comentario sobre la memoria y el tiempo

Por: María Fernanda Mancera Pérez
Categoría 2: Texto breve

La memoria es individual.
Nosotros estamos hechos, en buena parte,
de nuestra memoria.
Esta memoria está hecha,
en buena parte, de olvido.

Jorge Luis Borges. *El tiempo*. 1979.

I.

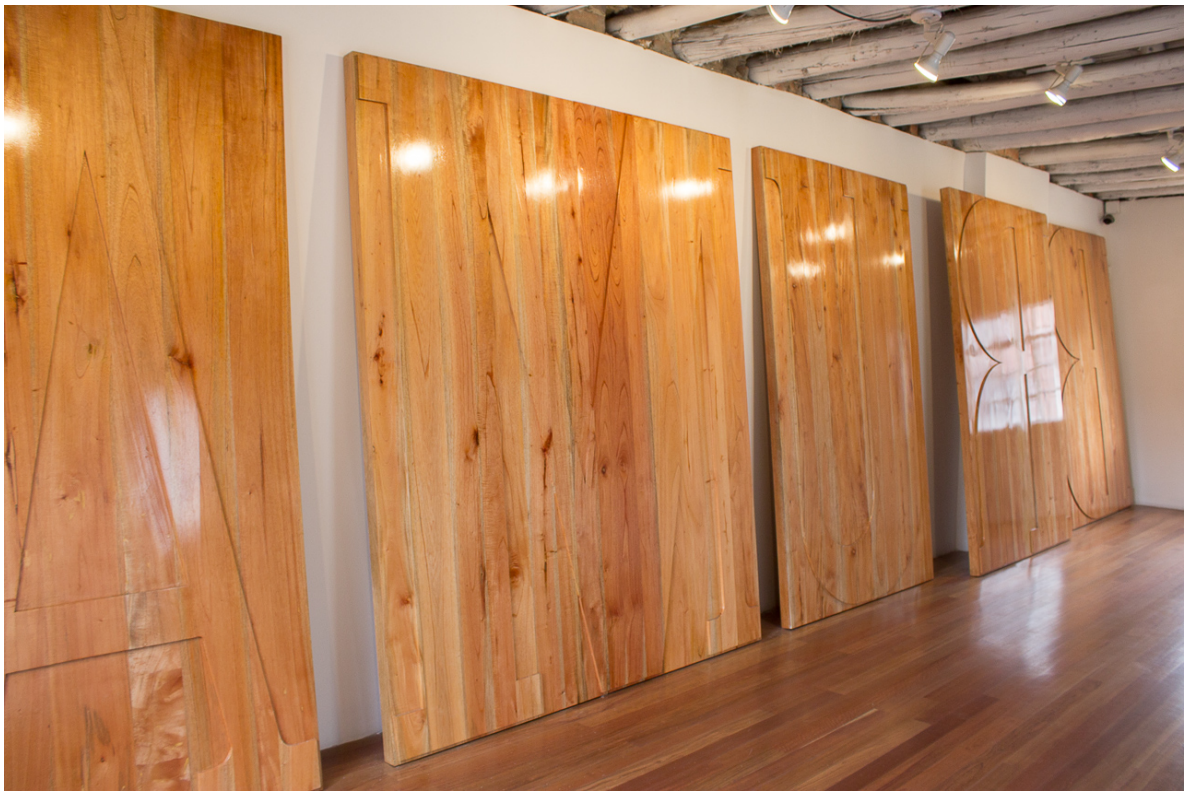
Cuando debo hablar acerca del tiempo pienso en los textos de Jorge Luis Borges y en su reflexión constante sobre la marcha inevitable del mismo. El problema del tiempo es ese. Es el problema de lo fugitivo: el tiempo pasa, dice Borges. El postulado que abre el presente texto da cuenta de la misma inquietud, ligada a la configuración de la memoria, a la [de]construcción del recuerdo y naturalmente al olvido, que sustenta el trabajo del artista colombiano Juan Carlos Delgado (Bogotá, 1973). Así, el propósito de este escrito es aproximarse a la obra *Bruma* (2018), presentada por Delgado en su exposición individual "El Acantilado",[1] desde esta visión de memoria y tiempo que comparte con Borges.

II.

Cinco paneles de madera sobre los que se han tallado las cinco letras que componen la palabra *Bruma*. Cinco tipos en gran formato, dispuestos de derecha a izquierda, se extienden a lo largo de la sala central de exhibición. La palabra en principio imperceptible para el espectador. Un intento por representar la naturaleza cambiante del recuerdo y la imposibilidad de retenerlo de manera certera. Una imagen efímera intervenida por el tiempo que se pierde mientras intenta afianzarse en la memoria.

En un primer momento la obra está indemne como un recuerdo que se conserva intacto porque no ha sido traído al presente. Un estado de pureza que no dura mucho porque de inmediato el artista procede a entintar la primera letra de la palabra con tinta serigráfica de color gris. La *B* emerge con la capa inicial y va tomando fuerza con las capas subsiguientes. Luego surge la *R*. Con las semanas la *U*, al paso del mes la *M* y justo antes de cerrar la muestra la palabra *Bruma* es sepultada con la aparición de la *A*.

[1] La muestra fue llevada a cabo en la galería Nueveochenta entre los meses de abril y mayo de 2018.



Bruma. De la serie “El Acantilado”. 2018. Talla en madera y tinta serigráfica. 237x158x7,5 cms. c/u. Instalación en sala.

Bruma constituye una traducción de la memoria. La tinta es la metáfora tanto del tiempo como del ruido que la nubla. La palabra hace referencia a la niebla de poca densidad que se levanta en el mar y, por supuesto, establece una relación directa con el título de la muestra: “El Acantilado”. Delgado retoma la noción romántica del acantilado como representación de la melancolía en el siglo XVIII, para establecer un símil entre su silueta abrupta y la dificultad de recordar con total precisión. Como toda visión romántica, la pieza apela a la nostalgia de no poder acceder a ese mismo instante del pasado que se añora en el presente.

III.

Desde el inicio de su práctica el artista ha abordado los materiales de manera simbólica, explorando la relación de la imagen con el soporte y el cambio en la percepción de esta como respuesta al uso de ciertos medios o técnicas. Esta intención está presente en las instalaciones de cobre que congela mediante complejos sistemas semi industriales que absorben y condensan la humedad del entorno, o en los objetos fotosensibles que proyectan

la figura de quien los observa por unos breves instantes.[2] La imagen se transforma y se desvanece con el paso del tiempo. Ya la memoria no está intacta y la experiencia de acceder a ella no es perpetua: es momentánea.

En *Bruma* el recuerdo solo aparece como imagen concreta al cubrir los tipos con tinta. El acto de evocar no está allí únicamente a manera de alegoría, sino que se construye conforme el artista trabaja los paneles de madera, capa por capa. El quehacer manual hace alusión y literalmente representa la forma en la que reconstruimos y distorsionamos los recuerdos con la intención de traerlos al momento actual, capa por capa. La acción, cambiante, reitera el sentido temporal de la obra y el carácter efímero del recuerdo.

Bruma. De la serie "El Acantilado". 2018. Talla en madera y tinta serigráfica. 237x158x7,5 cms. c/u. Instalación en sala.

[2] La transformación de estas piezas debido al engrosamiento del hielo sobre el cobre y a la adición del pigmento a base de fósforo que las hace brillar en la oscuridad, apela al paso del tiempo en el objeto en cuanto a que evidencia el efecto físico que este tiene sobre la materia. Las obras referenciadas fueron presentadas en las muestras *Hiperbarroco* (2016) en la galería Nueveochenta, *Cuarto Norte* (2011) en NC-arte y *The year of the light* (2006) en el Colombo Americano.

Bruma. De la serie “El Acantilado”. 2018. Talla en madera y tinta serigráfica. 237x158x7,5 cms. c/u. Instalación en sala.

IV.

Además de hablar sobre un proceso de memoria, *Bruma* es también detonante de un recuerdo colectivo. La tinta es uno de esos olores que permanece en la memoria. No lo reconocemos del todo. No lo llevamos en la superficie. Sin embargo, una vez en contacto con él, volvemos al lugar en donde está oculto. Su presencia desencadena una evocación inusitada. Un deseo de volver a la experiencia ligada a ese olor. Un sentido de proximidad entre la obra y quien se enfrenta a ella.

La nostalgia característica de la pieza, alude igualmente a la presencia de un oficio que ha ido desapareciendo con el tiempo: el del tipógrafo. La idea de rescatar dicho oficio se conjuga con una de las series más recientes de Delgado, titulada “Tamices” (2017-2018), en la que el artista traduce las *Elegías de Duino*, escritas por el escritor checo Rainer Maria Rilke, a braille y repuja los tipos sobre una serie de persianas antiguas. La acción de grabar el código sobre el metal, punto por punto, sugiere que el valor de la obra existe también en su elaboración y, por lo tanto, en el oficio que está detrás, así este no sea visible.

V.

Nosotros estamos hechos, en buena parte, de nuestra memoria. *Esta memoria está hecha, en buena parte, de olvido*, dice Borges.

Bruma se debate entonces entre lo visible y lo invisible. Entre los elementos que la componen y aquello que es evocado con su presencia: lo material y lo ausente se enfrentan. Como si se tratara de un proceso en reverso, el recuerdo surge de lo intangible y es anulado una vez se hace enteramente visible. La [de]construcción de la pieza entabla un diálogo entre la memoria y el olvido. Cada capa aplicada es sinónimo del paso del tiempo. Se cubren las huellas dejadas por el público, las vicisitudes del tiempo, el polvo, la tierra. Y así, con cada capa de tinta surge una nueva traducción del recuerdo. Y así, Delgado suscita un comentario sobre la transformación de la memoria en función del tiempo.

Bruma. De la serie "El Acantilado". 2018. Talla en madera y tinta serigráfica. 237x158x7,5 cms. c/u. Instalación en sala.

VI.

Nuestra sensibilidad frente a lo que es efímero expresa la necesidad de mantener los recuerdos cerca. Parece ser que lo que realmente nos define como individuos son esos fragmentos de memoria que evocamos, [de]construimos y re-significamos en un intento por acceder a ellos. La pieza enaltece la posibilidad de transformar el recuerdo y la memoria. Le da espacio al tiempo para que pase y al olvido para que actúe. Esto deriva en un proceso de memoria que exalta la importancia del recuerdo en su esencia, más allá de su total fidelidad. Así, lo que queda de *Bruma* es la forma en la que logramos mantener presentes esas memorias, tan esenciales, que tienen la capacidad de definirnos.